

Edith Unnerstad

Vacaciones en Suecia



Traducción:

DOIREANN MACDERMOTT y RAMÓN CARNICER

EMBOLSILLO

1

PELLE GÖRAN EMBISTE AL MÉDICO

Aquella tarde, cuando Pelle Göran embistió al médico, decidieron mandarlo con la abuela.

Si creéis que Pelle era un mal chico, os equivocáis. Era absolutamente normal y bien educado; quizá un poco mimado, por ser hijo único. Pero se sentía tan sumamente desgraciado, que no se daba cuenta de sus actos.

Y se sentía desgraciado desde un soleado día de abril en que su mamá sacó la bicicleta por primera vez después del invierno y salió con él de paseo. Inesperadamente, mientras iban muy contentos en la bicicleta, una niña se les cruzó corriendo y la mamá de Pelle tuvo que hacer una maniobra violenta para evitar el atropello. A la niña no le pasó nada y Pelle solo sufrió una rozadura en la rodilla, pero la pobre mamá cayó debajo de una camioneta que pasaba. Tuvieron que llevarla en una ambulancia al hospital.

Y desde entonces Pelle parecía otro niño. No quería comer ni mostraba interés por sus juguetes. Y no obedecía a nadie. Si le proponían que saliera, se quedaba en casa; en cambio, cuando el tiempo era malo y decían que había que quedarse en casa, se empeñaba

en salir. Se obstinaba en hacer exactamente lo contrario de cuanto le mandaban. Además estropeaba las cosas: rayó la repisa de la ventana con un cuchillo, hizo mil agujeros en las cortinas, dejó la guía de teléfonos hecha una calamidad, después de garabatear en ella un sinfín de hombres de cuerpo muy pequeño y piernas muy largas..., pero cuando su papá al ver esto último le dio papel para dibujar, se negó a continuar.

La señorita Kling, que iba diariamente a hacer la comida y a cuidarlo a él y a su padre, decía: «¡Madre mía! ¡Qué pesados son los niños! Menos mal que conozco algunas niñas. Son más educadas».

Quizá lo repetía demasiado a menudo. El hecho es que Pelle empezó a odiar a las niñas y a acordarse más a menudo de aquella que se había metido debajo de la bicicleta de mamá. Todo había sido culpa de ella. ¡Qué odiosas eran las niñas!

Por aquel entonces, y a causa del accidente de su mamá, Pelle estaba enfadado con todo y con todos. Estaba enfadado con la camioneta que la había atropellado, y cada vez que veía una le sacaba la lengua al conductor, que lo miraba sorprendido. Estaba enfadado consigo mismo, por no haber advertido a su madre que tuviera cuidado con la camioneta, aunque la verdad es que no había tenido tiempo de decírselo. Estaba enfadado con la señorita Kling porque para fregar los platos se ponía el delantal estampado de mamá y porque se empeñaba en ayudarle a vestirse. Con el pretexto de que él solo tardaba mucho, le abotonaba la espalda como si fuera un niño pequeño, ¡a él, que iba a cumplir pronto seis años! Si tardaba



era porque en realidad no tenía una razón por la que levantarse. ¡Era todo tan desagradable! Estaba enfadado porque papá se iba al despacho y le dejaba con la señorita Kling. Ciertamente tampoco se alegraba mucho cuando a las cinco de la tarde regresaba. Papá estaba triste también. A veces intentaba animar a su hijo con un juego cualquiera o construyendo casas con las cartas de la baraja, pero se le veía preocupado, pensando siempre en mamá. Algo malo tenía mamá en la espalda y en las piernas. No era muy seguro que volviera a andar.

Tanto era el cariño de Pelle a su madre, que al pensar en ella sentía una gran opresión en el pecho. ¡Pobre mamá! Pero con toda la pena que sentía por ella, casi sentía más pena por sí mismo, por la soledad en que se encontraba.

Pasaron varias semanas antes de que le dejaran ir a verla al hospital. Después iba de vez en cuando con papá o con la señorita Kling. Siempre deseaba ir, y se ponía muy triste cuando una de las enfermeras se acercaba para anunciar que era la hora de marcharse. La visita concluía demasiado pronto.

¡Cuánto le gustaría subir a la gran cama blanca en la que estaba mamá! Pero no le dejaban porque podría hacerle daño en sus heridas. Tenía que conformarse con verla allí acostada, a veces tan pálida que se adivinaban sus grandes dolores. Era terrible no poder hacer otra cosa que acariciarle las mejillas y llevarle flores y uvas.

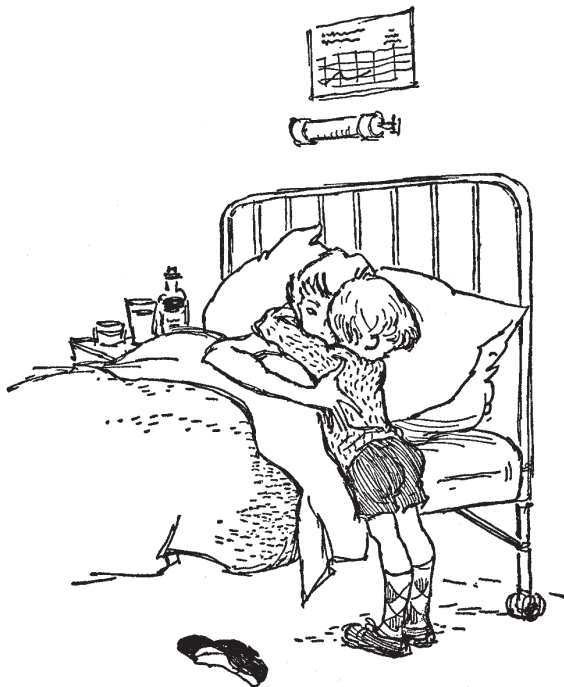
–Ven a casa, mamá. Papá y yo te cuidaremos. Si vienes me portaré mejor.

Pero mamá dijo que si fuera a casa tal vez no se curaría nunca. En cambio, quedándose en el hospital probablemente se pondría bien.

–¿Y no podría quedarme a dormir en aquella cama vacía que hay allá? –preguntó Pelle.

–No, porque vendrá otra señora esta tarde –contestó Asta, la enfermera que cuidaba a mamá.

–Pero yo podría traer mi propia cama. Podríamos pedirle al señor Carlsson, el pescadero, que la trajera en su camioneta.



–Me parece muy bien que quieras estar conmigo, pero solo los enfermos pueden quedarse aquí –dijo mamá.

¡Si pudiera ponerse enfermo...! No quería que lo atropellara un coche, eso no. ¡Pero ponerse un poco malo de la garganta o algo así...!

Una mañana despertó con catarro y un poco de fiebre. ¡Qué alegría! Pero en vez de mandarlo al hospital, su padre dijo que las personas acatarradas no podían visitar a los enfermos, y estuvo una semana entera sin ver a su madre.

¡Qué días más largos! La señorita Kling le llevaba sopas e insistía en que las acabara. Mientras tanto, le

contaba largas y aburridas historias acerca de la niña de una casa en la que había trabajado. Se llamaba Elsebritt. Tenía rizos rubios y era monísima, según decía la señorita Kling. Comía todo lo que le daban, sin protestar jamás. Y siempre decía «¡Oh, que rico! ¿Me darás otro poco?». Además nunca se enfadaba y daba abrazos y besos a la señorita Kling.

Un día la señorita Kling preguntó a Pelle si le gustaría ir a jugar con Elsebritt, con el consentimiento de su madre, naturalmente. Pero él contestó que de ninguna manera, y añadió que Elsebritt debía de ser tonta, puesto que besaba a personas que no eran su propia mamá. Para concluir dijo que todas las niñas eran tontas.

–Eres un cascarrabias, hijo –repuso la señorita Kling–. Tienes que pensar que algún día tu mamá fue también niña, y sin embargo la quieres mucho.

«Mamá no fue tonta», se decía Pelle, y bien arrebujado en sus mantas pensaba en ella hasta llorar.

La tarde del primer día que se levantó, curado ya de su catarro, la señorita Kling preparaba galletas en la cocina y al mismo tiempo cantaba. Papá había anunciado para la mañana siguiente una visita a mamá. Pero mientras veía y oía a la señorita Kling, Pelle sintió unas ganas incontenibles de ver a su madre.

No lo pensó más. Cogió su gorro, y sin molestarse en ponerse la chaqueta abrió silenciosamente la puerta y bajó los escalones. No tenía dinero para el tranvía, pero conocía el camino. Corrió, corrió hasta perder el aliento; se detuvo un rato y echó a correr de nuevo. Cuando llegó al hospital era casi de noche.

Afortunadamente nadie lo vio deslizarse por la puerta. El gran vestíbulo estaba vacío. No se atrevió a subir solo en el ascensor, pero sabía el camino hasta la sala de cirugía porque él y papá siempre bajaban por la escalera. Dos enfermeras estaban de espaldas a él charlando en el pasillo. Y al fin, jadeando, se metió en la habitación, que tenía un gran número 7 sobre la puerta.

–¡Pelle! –dijo mamá asustada. Intentó incorporarse en la cama, pero hubo de desistir–. ¿Qué haces aquí a estas horas, y solo? ¿Lo sabe papá?

Pelle, sin decir palabra, arrojó el gorro al suelo y se lanzó hacia su madre; le echó los brazos al cuello con toda su fuerza y escondió la cara en la almohada. Mamá le acarició el pelo, todo sudoroso después de la apresurada carrera.

–¡Mi pobre pequeño! –susurró, y después de suspirar añadió algo como–: Esto no puede ser. No podemos seguir así.

De pronto, se abrió la puerta. Sobresaltado, Pelle levantó la cabeza de la almohada. Allí estaban el médico y la enfermera Asta mirándolo asombrados. La enfermera se puso muy seria.

–¿Qué ocurre? –dijo–. ¿Por qué estás aquí, Pelle?

Mamá explicó que se había escapado de casa porque la echaba mucho de menos. El médico y la enfermera le hablaron muy amablemente y le dijeron que no era hora de visita y que los niños no debían ir al hospital solos. Tendría que salir con Asta para telefonar a papá y decirle que viniera a buscarlo. Mientras tanto, el médico miraría la espalda de la pobre mamá.

Pero Pelle se agarró a su mamá gritando:

–¡No quiero, no quiero! ¡No les dejes que me lleven de aquí, mamá!

–¡Pelle, hijo! –suplicó mamá con voz temblorosa y fatigada–. Tienes que irte con Asta. Otro día volverás.

Asta trató de llevárselo, pero se resistió. El médico intentó agarrarlo, pero Pelle estaba ya fuera de sí. Primero acometió al médico, dándole un cabezazo en la barriga, y luego dio un puntapié en una pierna a la enfermera, con tanta fuerza que la hizo gritar.

–Perdónenle –dijo mamá sollozando–. Se asustó mucho el día que me atropellaron. Desde entonces ha cambiado mucho. Antes no era así.

–¡Bueno, chico, estate quieto ya! –dijo el médico sujetándolo fuertemente, mientras Asta salía corriendo para avisar a papá, que apareció al poco rato.

–¿Qué pasa aquí? –preguntó.

Pelle permanecía en silencio, con la vista fija en el suelo. Papá y mamá hablaron en voz baja con el médico.

–Lo mejor sería mandarlo fuera algún tiempo. Los abuelos lo han invitado –decía papá.

–Sí, no habrá otro remedio –asentía mamá preocupada.

–Me parece una idea magnífica –aprobo el médico–. Mucho mejor que la guardaría, que es lo que yo iba a proponer.

–¡No iré! –gritó entonces Pelle.

–Escúchame un momento, Pelle, o como te llames –dijo el médico, poniéndose muy serio–. Quieres a tu mamá, ¿verdad?



Pelle no se molestó en contestar una pregunta tan absurda. Naturalmente, todo el mundo quiere a su mamá.

–Ha estado muy mal –siguió el médico–. Ahora empieza a ponerse bien y pronto habrá mejorado lo suficiente para que podamos hacerle una pequeña operación. Pero si vienes tu aquí con estos alborotos, se pondrá mal otra vez. Mírala, ¿tú crees que esto le conviene?

–No, yo no quería... –tartamudeó Pelle mirando ansiosamente la pálida cara de su madre.

–Ya lo sé –dijo el médico en tono más suave–. Por eso te lo digo. Es muy peligroso.

–Es muy pequeño –intervino el padre–. No comprende todavía.

–¡Oh, no me parece tonto! –repuso el médico–. Comprende más de lo que nosotros creemos.

–¡Se siente tan solo! –exclamó mamá defendiéndolo–. Hasta ocurrir esto, doctor, nunca se había separado de mí.

El médico asintió con un movimiento de cabeza y dijo a Pelle, poniéndole una mano en el hombro:

–Si eres bueno y haces lo que te digo, curaremos a tu mamá. ¿Lo harás?

–¡Sí, sí! ¿Qué he de hacer? –contestó Pelle muy impaciente.

–Irás con tu abuelita hasta que mamá pueda volver a casa.

La abuelita vivía en Aland. Pasaban todos los veranos con ella. La quería mucho y le gustaba ir allá. Muchas veces hablaba de ella y de los viajes a Aland. Era muy divertido ir en barco. Pero prefería estar con mamá. Además, y por sistema, ahora decía que no a todo.

–¡No iré con la abuelita! –gritó.

–¿No? –dijo papá severamente–. Entonces tendrás que ir con la abuela.

Pelle lo miró. Las cosas se ponían serias. Cuando papá hablaba con aquel tono no valía protestar.

–Iré con la abuelita –contestó resignado–. Tengo allí mis barcos de vela.

–¡Ah, no! Dijiste que no querías ir con ella y no irás –repuso papá–. No admito discusiones. Ya está decidido. Irás con la abuela.

–¿Y donde vive? –preguntó el médico.

–En Söderasen –contestó papá.

Söderasen quiere decir Serranía del Sur, una de las montañas de Escania, en el sur de Suecia.

–Un lugar muy bonito –comentó el médico–. ¡Qué suerte tienes! Allí se come muy bien.

Por un instante Pelle olvidó sus tristezas:

–La abuela sabe hacer *spettekakes*. Siempre nos manda uno por Navidad.

–No hay nada más rico –aseguró el médico.

–A mi también me gustan –dijo Pelle.

–Bueno, pues vamos a ver si nos ponemos de acuerdo –continuó el médico–. Si yo curo a tu mamá, ¿me podrás traer cuando vuelvas un *spettekake* de la abuela?

–¿Y está usted seguro de que mi mamá se pondrá bien del todo? –preguntó Pelle en tono de duda.

–Casi seguro. Haremos todo lo que podamos. Bueno, ¿qué dices? ¿Me traerás el *spettekake*?

–Lo intentaré.

–Oye, Pelle, ¿no tendrás que hacer algo antes de marcharte? –se oyó decir a mamá con voz suave.

Pelle entendió. Él y su mamá siempre se entendían. Se puso colorado y sintió vergüenza.

–Perdonen por haberme portado mal y por haberles empujado –dijo al médico y a la enfermera.

–¡Vaya por Dios! ¡Ni me acordaba ya! –aseguró Asta.

–No te preocupes, pero no lo hagas más –aconsejó el médico.

–No, no lo haré más, porque cuando se da un cabezazo duele mucho el cuello.

2

UNA NIÑA CON UNA ROSA Y UN CUELLO DE PIEL

La abuela fue a Estocolmo para recoger a Pelle y se quedó unos días, en espera de alguien de la familia que llegaría de Norrland. Los tres irían juntos a Escania.

A Pelle le inspiraba cierto miedo la abuela. Hacía mucho tiempo que no la veía y le costaba trabajo recordar cómo era. Desde luego no era tan fácil de tratar como la abuelita. La abuelita era habladora y rellenita y se reía mucho. Tenía el pelo blanco y rizado y las mejillas coloradas y llenas de hoyuelos. A veces, cuando estaba muy contenta, daba palmadas y se ponía a bailar, a pesar de que era bastante vieja, y era capaz de hacer cosas todavía más divertidas. Después de mamá, era sin duda alguna la mejor compañera de juegos.

Pero la abuela era muy diferente. Casi tan alta como papá, peinaba su oscuro pelo con una raya central y lo recogía por detrás en un gran moño. No hablaba mucho con Pelle, y al mirar con sus inteligentes ojos oscuros resultaba algo severa. Aquella mirada le hacía encogerse cuando estaba a punto de lloriquear, después de negarse a hacer algo que le habían man-

dato. ¡Si se tratara de ir con la abuelita, tan alegre y simpática! Se arrepentía ahora de haber protestado, pero ya no había nada que hacer.

La abuela hablaba ahora con papá acerca de la otra persona de la familia que iría con ella. Se trataba de una niña llamada Katarina. Lástima que no fuera un niño, pero ¿a quién importaba lo que él pensara?

—... Y resulta que aquel simpático floricultor y su mujer la llevaron el verano pasado a Escania para ver si quedaba por allá algún pariente de la niña —decía la abuela—, pero como no encontraron a nadie, regresaron con ella otra vez. No se les había ocurrido decirme nada porque en realidad mi parentesco no es muy cercano, pero en cuanto me enteré del asunto les escribí. Ellos, sin tener obligación alguna, ya han hecho bastante por la niña.

—¡Pobre pequeña! —comentó papá—. ¡Cuánto ir de acá para allá! Pero ¿estás segura de que podrás resistir a los dos niños a la vez?

—Me las arreglé con vosotros y erais cinco; de modo que bien podré con estos dos. Además yo creo que se cuidarán mutuamente.

—¿Y te quedarás para siempre con la niña?

—Si ella está contenta y nos entendemos, ¿por qué no? Después de tantos chicos, siempre he deseado tener una niña.

Pelle escuchaba sin entender muy bien. ¿Por qué tenía que ir aquella niña con ellos? ¿Por qué no iba a vivir con sus papás? Por otra parte, estaba claro que a la abuela solo le gustaban las niñas, exactamente como a la señorita Kling. Seguro que Katarina era tan

tonta como Elsebritt, aquella niña buena y mona que no hacía más que dar besos, tomar platos y más platos de sopa y comer carne grasienta. «A mí que no venga dándome besos», pensó. «La abuela dice que nos cuidaremos el uno al otro, pero está equivocada. Yo no la cuidaré. ¡Que se quede en Norrland!»

–El tren llega a las ocho y cuarto, ¿verdad? –preguntó papá–. Entonces podré recogerla antes de ir al despacho. Pelle, ¿quieres ir conmigo mañana a la estación para buscar a tu primita?

–No –contestó Pelle con energía, y salió inmediatamente.

¡A buena hora iba a ir él a buscar niñas! ¡Y ojo con andar tocando sus juguetes cuando llegara! Seguro que la tal niña resultaría muy pesada. Y si para remate la abuela la quería a ella y no a él, estaba visto que se aburriría más en Escania que en casa.

Pero al día siguiente, cuando papá se encaminó a la estación, Pelle sentía cierta curiosidad. Mientras la abuela leía el periódico, se deslizó hasta el guardarropa y se escondió detrás de los abrigos que estaban colgados. Hubo de esperar bastante rato, tanto que cuando oyó llegar el coche a la puerta le dolían mucho las piernas. Poco después se oía la llave de papá en la cerradura y entraba la niña. Pelle miró cuidadosamente por entre el impermeable de papá y el abrigo negro de la abuela. ¡Qué sorpresa! Esperaba ver una niña pequeña, más pequeña que él, pero resultaba que era dos veces mayor.

Qué aspecto más raro tenía, y qué manera extraña de vestir. Llevaba un abrigo de invierno y un cuello de



piel, a pesar de que había comenzado el verano. Un flequillo de pelo negro le llegaba hasta los ojos, y hundía tanto la barbilla en el cuello de piel, que apenas se le veía otra cosa que la nariz. Había metido muchas cosas en los bolsillos del abrigo, y a causa de ello parecía tener unas caderas anchísimas. Unas medias de lana cubrían sus largas y delgadas piernas. Y prendida en el cuello de piel llevaba una flor artificial tan grande como una col.

Se detuvo ante la puerta con un maletín en la mano. Miraba tímidamente bajo su gran mata de pelo mientras papá metía la maleta y llamaba a la abuela.

—¡Mamá! Aquí está la pequeña. Me voy corriendo al despacho.

En cuanto salió la abuela se fue papá.

—¡Bienvenida, Katarina, hija! ¿Cómo estás?

«Ahora empezarán los besos», pensó Pelle; pero en lugar de ello, la niña levantó un poco la cabeza, hizo una reverencia doblando la rodilla y alargó la mano con timidez. Sus grandes ojos grises contemplaban ansiosamente a la abuela por debajo del flequillo.

La abuela tomó la pequeña mano entre las suyas y sonrió. Katarina, sin dominar su timidez, respondió con un movimiento de ojos. Después apareció una sonrisa amplia entre el cuello de piel y el flequillo.

–Los señores Näslund me encargan que te dé recuerdos y te diga... –Calló, movió la cabeza como si tragara algo y continuó– pues..., que puedo quedarme todo el tiempo que tú quieras tenerme.

La abuela hizo un gesto afirmativo y le apartó el flequillo.

–Bueno, quítate el abrigo, hija. ¡Vaya un calor que tienes!

–¡Ay, sí! ¡Qué calor hace aquí, en el sur! –suspiró la niña quitándose el abrigo.

La abuela le ayudó a colgarlo y lo hizo justamente donde estaba Pelle, de modo que le rozó la cara. Al mismo tiempo cayó algo del bolsillo.

–¿Qué es eso? –preguntó la abuela.

–Solo una cebolla –contestó la niña presurosa, al tiempo que se agachaba para cogerla; entonces vio una pierna de Pelle.

–¡Mira, tía! –dijo riendo–. Hay un niño escondido entre los abrigos.

–¿De veras? Sal de ahí, Pelle. Sí, Katarina; este es tu primo y vendrá con nosotros a Söderasen.

No había más remedio que salir.

–¡Hola! –saludó la niña dándole la mano.

–Le gusta jugar así –explicó la abuela.



«¿Será verdad?», se preguntó Pelle, avergonzado de haber sido descubierto.

–A mí algunas veces también me gusta jugar al escondite –dijo la niña.

Y a continuación se puso a buscar lo que se le había caído. Pelle lo recogió y se lo dio. Era una cebolla, pero no de las que se cuecen con la carne; era una cebolla muy rara.

–Es una cebolla de tulipán –aclaró la niña–. Tengo diecisiete. Por poco me olvido de ellas al subir al tren. Me las dio el señor Näslund.

–¿Y qué vas a hacer con ellas? –preguntó Pelle, aunque se había propuesto no hablar con Katarina.

–Había pensado plantarlas delante de la casa de la tía, en Escania, si me deja –contestó mirando con gesto de duda a la abuela.

–Gracias, hija; claro que te dejaré.

–El señor Näslund dijo que no florecerán el año que viene, y que al otro tal vez sí.

–Será muy bonito. Ahora vamos a ver si desayunamos. Y no me parece bien que me llames tía. Me resulta un poco extraño. Llámame abuela, Katarina.

–Bueno..., pero...

–En fin, si no quieres llamarme abuela, es lo mismo.

–¡Oh, no! No es eso, tía... digo abuela. Lo que quería decir es que tú y Pelle me tenéis que llamar Kaja, como me llama todo el mundo.

–Muy bien. Vámonos entonces, Kaja.

Pelle no dijo nada. «Kaja», pensó, «parece el nombre de un pájaro..., grajo. Algo como un cuervo pero más pequeño. Qué raro que quiera llamarse así. Claro que también sería raro tener el nombre de una iglesia, porque en Estocolmo había una iglesia que se llamaba Katarina».

Al llegar a la puerta del comedor, Kaja se detuvo y dijo:

–Se me había olvidado. Vuelvo enseguida.

Se fue corriendo y volvió con una flor artificial, sujeta al vestido con un imperdible. La abuela la miró sorprendida:

–¿Es también un regalo del señor Näslund?

–¡Oh, no! Me la dio Gertrud, mi mejor amiga. Antes estaba en el mejor vestido de su mamá, después fue de Gertrud y Gertrud me la dio a mí.

–¡Ah, ya!

–Le prometí llevarla durante todo el viaje, día y noche, dentro y fuera de casa.

–Desde luego, hay que cumplir la prometido.

–Y yo le regalé a Gertrud otra rosa, una de verdad que me dio el señor Näslund por llevar un encargo de guirnaldas. Y cuando se marchite, Gertrud la pondrá a secar y la guardará toda la vida.

–Muy bien –dijo la abuela–. Ahora vamos a tomar algo. ¿Quieres sopa de avena?

–Sí, pero muy poca.

«Bueno, por lo menos no es como aquella tragona de Elsebritt», pensó Pelle. Y observaba con tanta atención a la nueva prima, que no se dio cuenta de que estaba tomando un gran plato de sopa de avena.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó a Kaja.

–Cumpló once el mes que viene. Tú tienes cinco. Lo sé porque la abuela nos lo dijo en una carta.

–Pero pronto tendré seis –replicó presuroso.

La cosa marchaba mejor de lo que podía esperarse. Por ello desistió de esconderse detrás de la mesa de escribir, como había pensado hacer. Y como la señorita Kling estaba preparándole la maleta, empezó a recoger todo lo que podría serle necesario. Pero a la señorita Kling le parecían demasiadas cosas:

–No puedes llevar todo lo que hay en el armario de los juguetes. No hay bastante sitio.

–El niño ha de llevar cosas con que entretenerse –intervino la abuela con decisión–. Déjele poner lo que más le guste.

Y de este modo la señorita Kling tuvo que aceptar el coche de los bomberos, el cochecito azul y un libro, *Los niños duendes*, de Elsa Beskow. Pero cuando apareció después con el perro y el león de trapo, la señorita Kling cerró la maleta y dijo que no había sitio para

nada más. Pelle se enfadó mucho, hasta tal punto que estuvo a punto de esconderse detrás de la mesa de escribir, y solo se aplacó cuando Kaja le dijo en voz baja que el perro y el león podrían ir en su maleta, donde había mucho sitio, siempre que él le ayudara después a cerrarla sentándose encima. Así lo hicieron, pero una vez cerrada tuvieron que volverla a abrir porque por uno de los lados salía la pernera de un pijama. Al cerrarla por segunda vez, quedó a la vista la punta de un pañuelo, pero Kaja aseguró que no tenía importancia.

